

cia, seguido de dos ayudantes, que le acompañaban en la perpetración de aquel crimen á que llamaban los césares justicia.

Sus cabelleras encrespadas, sus brazos nervudos como los de un carnicero, sus fuertes cuellos como de bueyes, sus aviesos ojos, sus carnudas bocas, sus surcadas frentes, la respiración de fragua que se oía en sus pulmones, las espadas que centelleaban en sus manos, decían el oficio suyo y el fin adonde iban. No se arredró Agripina. Ni en el timbre de su voz se le conoció, no ya miedo, ni perturbación siquiera. Una especie de conformidad con el destino que acababa de invocar y una especie de visión que le decía cuán justo era su castigo, la mantuvieron en su firmeza. Fué por la ciencia digna nieta de Augusto, padre de su madre, Julia; por el valor, digna nieta de Agripa, el gran general, padre también de su madre; por la serenidad y entereza, digna hija de Agripina y de Germánico, sus padres; por el vicio y la sensualidad, digna hermana de Calígula; por los crímenes, digna madre de Nerón.

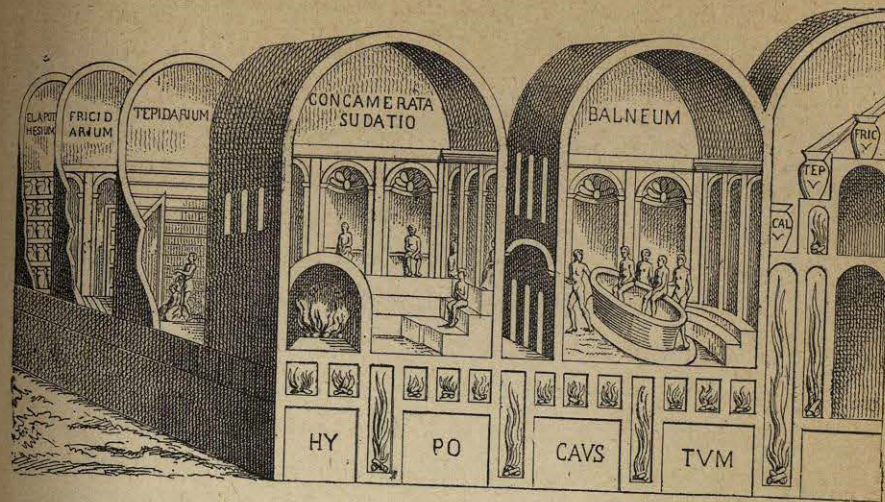
—Vienen á matarme. No podía inventar el averno un castigo mayor para el César que la muerte de su madre. Morirá él en desastre mayor aún que el desastre mío y por el horrible crimen de esta noche.

—Agripina—dijeron á una los tres verdugos: el almirante, como decimos ahora en los idiomas vulgares, Aniceto; el tetrarca, y el centurión de la flota del Miseno, que le acompañaban.

—Si venís á verme y á preguntar por mi salud, que tanto debe interesarle á quien os envía, decidle que me salvé por milagro del naufragio y que me siento bien, del todo repuesta. Si venís á perpetrar un crimen, creeré que lo perpetráis de vuestro grado y por vuestra voluntad, y no por mandato y orden del hijo mío, á quien jamás hubiera podido, jamás, jamás, imaginársele pasar ante los hombres y ante los dioses por un parricida.

Los verdugos callaron, y por toda respuesta el centurión asestó á la emperatriz un golpe en la cabeza. Y como tras aquel golpe viese blandir las espadas buscando, tiró las sábanas que la cubrían, rasgó la camisa en que estaba envuelta, y enseñando todo su cuerpo desnudo, exclamó, golpeándose con ambas manos:

—¡Herid aquí, herid el vientre que ha parido ese monstruo! Y murió acribillada de innumerables heridas.



CAPITULO XV

REMORDIMIENTOS

Abandonada de todo el mundo, herida en el simulado naufragio que acababa de atravesar, puesta en trances horribles para que ó se muriese ó se matase, todavía inspiraba la varonil Agripina terrible miedo al verdugo engendrado por sus entrañas y erigido en omnipotente y sacro emperador por una voluntad y una inteligencia como la excepcional voluntad é inteligencia suyas. Así, no hacía Nerón sino pasearse de un lado á otro, mientras duró el viaje de Aniceto desde su propio palacio á Baules, retorciéndose los brazos de furor, y dando, cual un demente furioso, alaridos terribles, como si de la tierra se levantasen y del aire descendiesen genios malos y perseguidores á herirlo y atormentarlo. Pero no había tal cosa, no se perturbaba la tranquilidad etérea del cielo, ni la celestial tranquilidad del mar; todo sonreía en aquel amanecer, no obstante la enormidad horrible del crimen perpetrado; lo que había era una surrección interior de remordimientos, dibujados en extrañas y aun extravagantes formas, que creía él ver con los ojos del cuerpo fuera de sí, cuando los veía con los ojos del alma dentro de la propia conciencia. Nervioso, exaltado, susceptible; con todo género de supersticiones en el cerebro, con una tempestad perpetua de senti-

mientos en el corazón; seguido y dominado á un tiempo mismo por las trahillas de sus vicios, queriendo salir del vasallaje de Agripina para entrar en el vasallaje de Popea, se asustaba de su propia obra y retrocedía espantado de sí mismo, en tal modo, que se hubiera desprendido, según aquella neurosis, del propio ser, si pudiera conseguirlo sin las contrariedades consiguientes al dolor y á la muerte. Así que llegó Aniceto de vuelta y le dijo como acababa de inmolar á su madre, asaltóle al cuitado deseo de verla, como para cerciorarse de que brotaba sobre tal cadáver su anhelada libertad y por él conseguía imperio y mando sobre sí mismo. Partióse precipitadamente y en litera, por el crepúsculo matutino ya y antes de que los pobladores de aquel paraíso pudiesen saber cuál nuevo crimen cometía la vieja maldad habitadora de tan deleitables comarcas. Cuando llegó habían desnudado á la emperatriz y tendídola desnuda sobre un lecho de los usuales en las comidas romanas, sobre cuyos cojines palpitara de placer aquel cuerpo en la embriaguez de su vida, cuando los músculos se movían á su grado, los nervios sonaban como liras y la sangre vívida le prestaba un calor á cuyos ardores latía el corazón y se animaba el pensamiento. En cualquiera otra naturaleza más humana hubiera despertado la vista de aquel despojo un redoble seguro de los naturales primeros remordimientos, que le golpearan las sienes y se la acumularan dentro del pecho. Pero en el depravado príncipe se despertó la voluptuosidad. Viéndola tan bella, pues parecía dormida y como en reposo, echó de menos algún rechazado goce y se reconvino y se rearguyó á sí mismo por el casto sentimiento de repugnancia, cuyo imperio le había impedido el incesto, magüer nacido el cuitado con todos los instintos necesarios para tener ajuntamiento con todos los seres criados, en el inacabable ardor extendido por todas las moléculas de un cuerpo abrasado en voluptuosidades inextinguibles é infinitas. «No sabía que mi madre fuese tan hermosa,» exclamó. Y sin manifestar ningún otro sentimiento, ni pensar en ninguna otra idea, partióse de aquel sitio con toda serenidad y palpándose para ver si realmente había sacudido todas sus cadenas. Los siervos de Agripina, que, al minuto de morir ésta, mostraran los apocamientos de ánimo y espíritu connaturales á todo terror pánico, se rehicieron, y observaron el rito de las ceremonias fúnebres, con lo único tolera-



Nerón ante el cadáver de su madre

do por la implacable odiosidad del hijo á la madre, con una sencilla cremación. Vistiéronla el mejor traje imperial que á mano tuvieron; colocáronla en el más vistoso de los lechos; ciñéronle flores de las muchas brotadas en aquellos climas, y pegaron fuego á todo con las antorchas fúnebres, y mojaron sus dedos para ro-



Ruinas cerca de Bayas, llamadas Sepulcro de Agripina

ciarlas con el agua lustral correspondiente á los antiguos ritos. Poco después sólo de la emperatriz quedaba un montón de cenizas á merced por completo del viento que disipaba sus restos en la imposibilidad de disipar su recuerdo. Sin embargo, ningún ser tan desdichado en el mundo que no cuente con algún agradecido entre sus deudos y servidores. Cuando todo se había concluído, cuando no quedaba sino un montón de polvo dentro de un jardín abandonado, como en demostración de la miseria contenida en toda soberbia; cuando las pavesas estaban ya frías y el despojo entregado al viento que levantaba sus atomillos y los disolvía, un esclavo

heleno, ahora, por indignación contra un mundo, tembloroso ante aquella mujer, y luego cruel con ella, ó ahora por agradecimiento é impulsos de bondad, nunca faltos en los más crueles y más criminales cinismos, es lo cierto que sacó su espada, y clavándosela en el corazón, regó con lágrimas y con sangre de un holocausto voluntario aquello mismo que parecía residuo asqueroso de tantas voluptuosidades y crímenes, como si hubiera siempre una dichosa transformación en los senos de la muerte.

Por lo contrario, el pueblo todo respiró. Adondequiera que iba la noticia, llevaba un estallido de alegría. Perpetrara tantos crímenes la perversa, que, al recordarlos y verla castigada, el sentimiento de justicia, innato al corazón humano, se sobreponía de suyo á todos los demás sentimientos, y aclamaba el acto sin acordarse de su íntima naturaleza, ni de sus infames orígenes. La evocación de tantos muertos como había sembrado en el camino de la vida y como se levantaban en el seno de toda memoria un tanto fiel, hacía que nadie viera en el trance último suyo nada más que la inevitable y natural expiación pedida por todo cuanto circula el cadáver de quien toda la vida se nutriera de la muerte. En vez del dolor y del llanto que sigue á los buenos en su desaparición del número de los vivos, aquí, en este momento, estallaba un júbilo universal. Quizás el único triste y el único pesaroso ante aquel hecho era su propio perpetrador. Después de haber ido á Baules y contemplado á su madre, por uno de los bruscos cambios frecuentes en su naturaleza moral, pasó desde la espantosa voluptuosidad que antes señaláramos, á un estado de conciencia concebible tan sólo en un verdadero justo. Horrorizábale de suyo el crimen, y si como era el criminal Nerón mismo, fuese otro, de seguro lo castigara con uno de aquellos castigos con que se hallaba connaturalizado su perversísimo natural. Vuelto de Baules, como necesitase descansar de las fatigas provenientes de sus proyectos y de sus emociones, tendióse á dormir, para lo cual mandó cerrar cuantas comunicaciones pudiese allí haber con el ambiente y con el éter de fuera. Pero en cuanto huía la luz, le revoloteaban en torno de las sienas como murciélagos los remordimientos. Y entonces volvía de nuevo á llamar para que le diesen luz. Y en cuanto le daban luz, creía que todos los objetos visibles le asaltaban á

una con acusaciones terribles. Cielo que había presenciado la criminal obra, mar que había recogido á su madre, playas donde abordó malherida, espacios por cuyos senos fueron los sicarios á matarla, moléculas de aire y átomos de sol, todo se constituía en una especie de acusación viva para redargüirle de su crimen y en una especie de tribunal para condenarle. El humo de la pira, donde acababan de quemar aquel su cuerpo, flotaba como una ligera nubecilla en los aires, y á sus ojos revestía formas tales que imaginaba el cuitado ver las furias con alas de murciélago, y uñas de buitre, y ojos de lechuza, y graznido de cuervos, que amenazaban en bandadas, semejantes á sombras, sin destruirlo y devorarlo. Su propia conciencia le anunciaba que no podía continuar indemne sino derogándose la ley moral á tal injusticia, y el trono de los dioses abajo se viniera como un frágil trono de césares. Así comprendía instintivamente que la salvación suya estaba en un solo asidero, en hacer algún bien; pues los más perversos consagran al bien tributos y obsequios involuntarios por los buenos resortes que siempre hay hasta en las naturalezas más pervertidas y perversas. Sin embargo, después de haber imaginado algunos beneficios, le oprimía tanto el recuerdo de lo hecho y le atenaceaba con tales mordeduras el dolor producido por todo cuanto había pasado, que caía en un silencio y en una inmovilidad cercanos á la inercia del cuerpo y á la imbecilidad del espíritu.

Así el prefecto de las legiones como el ministro y filósofo Séneca comprendieron cuánta necesidad tenían de sacudir un poco aquella naturaleza inerte y sacarla del profundo sueño que la dominaba, si no había de venir la muerte sobre aquella su terrible ataxia; é idearon una serie de manifestaciones destinadas á demostrar todo el horror que despertaba la memoria de Agripina y todo el crédito cobrado por su hijo en este acto de justicia. Vestidos con sus más ricas preseas; cubiertos de sus relucientes cascos; el escudo que brillaba en la mano izquierda y los instrumentos de sus batallas en la derecha, presentáronse los tribunos de las cohortes para calmarlo con sus aclamaciones, bendiciéndolo y besándolo como á verdadero padre de la patria, por haber salvado á ésta, su hija predilecta, del cautiverio en que la tenía su espantosa madrastra. Captado el ejército de Roma, precisábale captar también el roma-

no Parlamento. La enemiga de Nerón á la Cámara, cuyas reuniones aún recordaban la República, llegó, como todos los afectos en él, á un verdadero delirio. En parte alguna se mostraba tan inquieto como en el Senado. Cuantos desacatos podía dirigir á su majestad, otros tantos le asestaba con cruel saña. Uno de sus aduladores le dijo en cierta ocasión: «Te amo, Nerón, y te glorificaría cuando recuerdo que César eres; pero te aborrezco y te mataría cuando recuerdo que también eres patricio y senador.» Mas no había remedio: precisaba dirigirse al Senado. Séneca, tan retórico, y cuya elocuencia de alquiler así había servido para encarecer las viejas virtudes republicanas, como para justificar los crímenes imperiales, con su estoicismo implacable, según redactó la carta en que Nerón al Senado notificaba la muerte de Claudio, redactó la carta en que notificaba la muerte de Agripina. En este documento no confesaba ninguna de las asechanzas y de las maniobras el traidor: todo lo contrario, describía como hecho cierto el conato de regicidio imputado al emisario de su madre, y añadía que apeló á matarse por sus propias manos ésta huyendo del castigo. Para el hijo, ya verdugo, con pretensiones de fiscal, á los crímenes de parricida y regicida unía su madre uno tan á la vista de todos, por público y escandaloso, como el crimen de usurpadora. No se contentaba, pues, con arrebatarse el imperio á su hijo moralmente; arrastrábala tan lejos el ímpetu de sus ambiciones desapoderadas, que pretendía mandar el ejército, presidir el Senado, responder á los embajadores en su insania. Para demostrar cómo su madre le había en sus virtudes atajado é impelido á la crueldad, prometía, libre de tal freno, muchos actos de clemencia suscritos ya en aquellos renglones. Y terminaba con esta frase de retórico dolor, para que no le creyeran poseído de alegría demente, cuando acababa de quedar huérfano: «Me reconozco salvo, pero también me siento triste.»

La tiranía se arraigaba en el envilecimiento universal. Así tomó éste las bien coordinadas y bien escritas excusas por poderosísimas razones. Y tomó el parricidio al precio y en la estima que Nerón quiso venderlo, decretando fiestas públicas á Minerva, por haberse así el imperio como el emperador encontrádose redivivos bajo su égida y por su influencia sobre los dioses y su pródigo saber. Acciones como la última, que le hubiera borrado de la vida en cualquier

pueblo donde hubiese una regular organización, elevábalo á la categoría de dios, como si hubiese revestido naturaleza de suyo superior á la naturaleza humana, cuando tan bajo cayera, que le hubieran castigado hasta las alimañas, incapaces de proceder con sus madres en la lactancia como él procedía en su trono con Agripina, que le diera este trono mismo, amén de la existencia. El pueblo escuchó al Senado; y en vez de levantar un patíbulo, alzaronle un altar, é hicieron del reo ídolo. La conciencia pública erró; pero no podía errar la conciencia de Nerón. Así, cuantas veces ideó ir á Roma, recién acabada la tragedia, otras tantas tuvo que retroceder, en apariencia temeroso del pueblo ya engañado; temeroso realmente de su conciencia, ni engañada, ni engañosa, aunque impotentísima sobre su voluntad. Por fin, tantos mensajes le dirigieron y con tal número de manifestaciones le patentizaron el deseo de su regreso, que se arrestó al regreso con resuelta voluntad, hurtando el cuerpo á los gritos que le daban aquellos inanimados sitios al tenor y modo de los que su conciencia le daba también. Y regresó á Roma. Nunca se vió un triunfo semejante, ni cuando Escipión llevó Africa, ni cuando César las Galias, ni cuando Pompeyo el Oriente, ni cuando Germánico Alemania, ni cuando Claudio Bretaña. Echábanse los pueblos á sus pies para que las tendidas espaldas le sirvieran de alfombras. Iban ciudades enteras á su camino llevando coronas y guirnaldas, que tendían á su paso. Los arcos de triunfo se sucedían desde Nápoles á Roma por las calzadas antiguas como bóvedas sin término. En graderías interminables veíanse cuantas mujeres validas contaba la Campania y el antiguo Lacio, entonando coros de loores y ofreciendo palmas de triunfo. Decían que desde los tiempos del primer Bruto, inmolidor del propio hijo en aras de la patria, no vieran nunca un acto como el suyo último, ya hubiese constreñido su madre á matarse, ya la hubiera concluido él á sus propias manos. Nadie se acordaba de que no había sido su amor á la patria el móvil de aquella terrible acción, sino el amor á Popea. Pudo hacer Agripina mangas y capirotos con el imperio; rebajar al Senado y oprimir al pueblo; irse como nueva Fulvia por montes y valles comandando al ejército; mandar en una noche sus esbirros á concluir con todos los ciudadanos: ninguna cosa le sucediera en el apocamiento nativo á Nerón y en la separación del propio ser y

del propio espíritu en que cayera, juguete vil de su madre, si Popea no promete, á cambio del sacrificio de ésta, un amor de voluptuosidad intensísimo, ya verdadero, ya fingido. El trono le tenía sin cuidado; lo que le importaba era el tálamo, frío y solitario, mientras no lo animase cosa tan horrible como el cadáver de Agripina, pedido por Popea con maullidos de chacala. Entregó Nerón á las Parcas el cuerpo de Agripina porque Popea lo exigió, si había ella de entregarle á él su propio cuerpo. Y esto le hizo aborrecer á su madre, tanto cuanto á su amada podía querer el cuitado. La sombra del despotismo todo lo envenenaba, y de las más naturales y legítimas pasiones hacía terribles vicios, sustentados por una exaltadísima demencia. El hálito de unos emponzoñaba de suyo á los otros, cual en verdaderos contagios. Reinaba en los aires una epidemia. Ni las ideas estoicas, ni el espiritualismo platónico, ni las corrientes de creencias nuevas que corrían bajo tierra por las catacumbas podían limpiar de tales miasmas el aire todo envenenado, y envenenando las almas. Pero esta sobreposición de cosas y supersticiones extrañas por ningún modo podía penetrar hasta ese fondo secreto de la conciencia social, donde todo se sabe por intuición, y aquello que no se sabe, se alcanza por adivinaciones reveladoras y misteriosísimas. Tomarían estas adivinaciones forma de fábula, como concuerda con la superstición; pero venían á demostrar en sus indecisas flotantes imágenes á cuál profundidad había llegado el conocimiento de tan horrible crimen.

Contábase que una mujer encinta, cuando supo lo acaecido, abortó espantosa culebra; que las nubes, encendidas en fuego celeste y como airadas, fulminaron asoladoras centellas desde los cielos henchidos de cólera; que habían las casas todas de la Ciudad Eterna estremecídose sobre sus cimientos, como si buscasen allá en lo profundo un abismo, para no ver tantas maldades; que, al encender las llamas de los altares, en el holocausto de gracias á los dioses ofrecido por aquella oportuna muerte de la suicida emperatriz, el sol se apagó como á un soplo y se vieron las estrellas á mediodía como á media noche, apareciendo en su centelleo fosforescente como miradas de lechuzas; que tuvo necesidad el emperador de consultar las ocultas ciencias y apelar á magias con brujerías para que su madre lo dejara en paz, pues convertía en sueños

fatídicos hasta los insomnios desde su averno, aunque lavaba Nerón sus dedos en unas fuentes clarísimas y despedía las babas contenidas en su boca, y cuando callaban perros y aves, en las altas horas de profunda noche, sonaba los dedos, no podía desasirse del remordimiento y se colocaba supersticioso los mismos talismanes regalados por su madre para que le libertasen de su madre misma y lo eximiesen de un castigo que veía él á la continua certerse sobre su frente.

Las alusiones mortales, viniendo tras los loores, no le dejaban minuto de reposo. Cierta madrugada un expósito apareció en la calle con malicioso escrito al cuello, en que decía su madre: «Lo abandono, temerosa de que me mate.» Otra mañana todas las estatuas del emperador aparecieron metidas en sacos de los usuales para meter á los condenados por parricidas y sumergirlos en el Tíber. Lo que ahora llámense pasquines en la moderna Roma, no faltaban en la vieja. Uno decía que Nerón, sobrepujando los crímenes de Alcmeón y Orestes, había sumado al parricidio el incesto; decía otro que si Eneas llevara piadoso en los hombros á su padre Anquises, Nerón despedía de los hombros á su madre Agripina; decía otro que si Apolo montaba su arco, Nerón su lira; decía otro que sólo una persona quedaba en Roma, el emperador, y así todos los romanos se iban á Veyas, desèosos de que no les acompañara y siguiera este hombre; y á tal tenor innumerables dichos. Un filósofo clínico, aludiendo á cierto hecho célebre suyo, díjole al verle pasar que cantaba muy bien los males de Nauplio y gastaba muy mal sus bienes. Un actor de Atelanas dijo en el teatro: «¡Salud al padre mío!» é hizo ademán de beber, aludiendo á la muerte de Claudio; y luego añadió: «¡Salud á la madre mía!» é hizo ademán de nadar, aludiendo á la muerte de Agripina. Otro actor, señalando primero á la efigie de Nerón y luego á los senadores presentes, díjoles conmemorando su afición al asesinato: «Creed que á Plutón os llevará.» Por estas y por otras evocaciones el nombre de Orestes no se caía de sus labios; y crefase, como el Atrida, perseguido por las Euménides y recitaba continuamente los versos inmortales puestos en labios de Orestes por Sófoles y por Esquilo. Orestes era hijo de Agameón y de Clitemnestra, como el joven César hijo de Agripina por obra de la naturaleza, é hijo de Claudio por obra de las adopcio-

nes romanas. Clitemnestra mató al rey Agamenón, su marido, como Agripina mató al buen emperador Claudio, su marido también. Pero aquí cesaban las analogías y comenzaban las diferencias. Clitemnestra quiso matar á Orestes, salvado á los odios de la regia madre por su hermana Electra; mientras Agripina conservó con cuidado su Nerón, preservándolo á mil asechanzas. Clitemnestra, desasida de Agamenón por el asesinato, dió el tálamo y el trono vacíos al déspota Egisto. Creyóse obligado por todo esto el buen hijo á una venganza que satisficiera los manes de su padre y castigase á la infame adúltera. Yendo, en requerimiento de tal fin, á la célebre ciudad de Argos, acompañado de su inseparable amigo Pylades, encontró á su hermana Electra, desasida por completo del mundo, y entregada en su dolor al ministerio de velar por su padre muerto, como Antígona velaba por su padre vivo. Consultado el oráculo y recibida la indispensable aprobación de éste, la tristeza mostrada por Electra y la vista del sepulcro de Agamenón determinaron la voluntad y la fuerza del hijo á inmolar el tirano Egisto. Entró en el usurpado palacio, y encontró al hipócrita en fastuosas y teatrales devociones á los dioses. Acababa de inmolar una víctima; y Orestes, con la cuchilla depuesta en el ara, lo inmoló sin piedad á él. Parecía que los manes de Agamenón debían darse por satisfechos con tal holocausto y la venganza cumplida por medio de tanta sangre. Pues no. Los dioses le impelieron á rematar la obra. Después de haber dado muerte á su padrastro, dió muerte, impulsado por el destino, á su propia madre. Y en cuanto ha concluido esta inmolación, las furias en tropel surgen del averno y le amenazan á una. Sus negras bocas ríen como abismos bostezantes; sus manos huesosas esgrimen armas henchidas de ponzoña y con filos agudos; agítanse las culebras en sus cabezas desgredadas en que cada hebra de cabello es una víbora de asesino dardo; lanzan sus gargantas gritos feroces, apareciendo tan crueles que llora Orestes apenado, como un pobre niño, al terror producido por la presencia de aquellos seres concitados todos en su contra, que le persiguen, le sitian, le asedian, le asaltan y le muerden. No acosan los perros al jabalí como las furias á Orestes. Aves nocturnas acuéstense todas ellas en los lechos del abismo y se rebujan bajo sus sábanas de tinieblas horribles, hasta que las despiertan y atraen los

hedores de sangre humana vertidos por el parricidio, del cual están constituidas desde tiempo inmemorial en perseguidoras y jueces. La flor del granado les sirve de timbre por su encendido y purpúreo color. La misericordia no entra en sus corazones, como no entra el perdón en los infiernos. Así, á pesar de que Clitemnestra mató á su marido, quien volvía con anhelos de reencontrar su palacio guardado por la fiel vigilante y su tálamo puro como un altar, y en vez de ponerle tapices bajo aquellos pies vencedores que habían hollado las ruinas de Troya, le asestó un hachazo á la cabeza, tratándolo como á una res en la cocina y no como á un rey en el trono, por lo cual parece una carnicería el hogar de los Atridas, donde los hijos matan á sus padres y los padres se comen á sus hijos; los dioses no querían perdonar el atentado de Orestes á Clitemnestra y las furias no querían despegarse y desasirse de su cuerpo, necesitándose toda la sabiduría de Minerva y todo el favor de Apolo, sus protectores, para devolverle su corona y reinstalarlo en su familia. Pues bien: todas estas escenas de los Atridas reaparecen á los ojos de Nerón espantados. La suerte reservada por el cielo á tal dinastía, perseguida siempre, caerá en herencia sobre la dinastía también de Augusto por el crimen de Nerón, su biznieto. Parece oír aquel grito de las Euménides en la trilogía del gran Esquilo, cuando al ver los dioses intercediendo por el parricida, entonan el himno fúnebre sin liras de voces discordantes, en el cual dicen que, á consecuencia de tal divina debilidad se desligarán los lazos de las leyes entre todos los hombres y se arruinará en todas partes el templo de la justicia. Lo grandioso de tales recuerdos; lo vivo de todos aquellos personajes que se conservaban en las estatuas y en los bajos relieves, hablando también por boca de la tragedia griega; el amor suyo al arte; las inspiraciones que creía sentir de poeta y orador en su mente, así como los ejercicios de músico á que se habían acostumbrado sus dedos tañedores de la lira, se juntaban á una con el horror de la noche suprema en que ordenó la muerte de su madre y con las maniobras cumplidas al fin de matarla, tras cuyo logro se le aparecieron las furias como aquellas á los dos reyes aparecidas, Alcmenón y Orestes, sin permitirle punto de reposo. Y como quiera que uno y otro le pareciesen menos criminales que él mismo, pues sus dos madres inmoladas

habían asesinado á sus dos respectivos esposos, sendos padres de ambos parricidas, Nerón se retorna, cual Orestes y Alcmenón, y con mayor motivo que uno y otro, pues su madre no había matado á Claudio contra él, á Claudio, que al cabo no le generara materialmente, sino por él, por darle para siempre la corona de madre, y todo ello motivado porque una manceba y barragana, como Poppea, quería trocarse, merced á tal crimen espantoso, en mujer legítima del emperador y emperatriz única del universo. Bajo tales consideraciones, ya nadie se maravillará de que Nerón pasase sus noches entre alaridos de horror y sus días entre carreras y saltos parecidos á triste y continuo sufrir.

Aunque Nerón hubiera querido en sus angustias olvidarse de sus actos y aun de sí mismo, no lo tolerara la oposición siempre despierta y apercebida siempre á recordarle que reinaba y que cometía en este reinado muchas faltas. El imperio y los emperadores únicamente daban la paz al mundo; y como hubiera en el primer siglo de su existencia en Roma copia de literatos y de letrados, ninguno se conformaba con que no completase bien tan grande como la paz, otro mayor bien para ellos, la próspera libertad. Todos preferían las procelas de una república libre á la quietud mortal traída por el despotismo y sus paralizadoras ataxias. Ninguno, sin embargo, tenía la virilidad necesaria para ejercer el derecho, ni la resignación suficiente para sufrir la servidumbre. Sin embargo, todos se daban el gustazo de asestar su oposición á los representantes del poder imperial, por más crueles que fuesen y más amenazas que llevasen en sus olímpicos ceños. Los festines, tan frecuentes entre los romanos, debieron ser denominados centros de oposición. Los círculos, ó bancos callejeros redondos, en que la plebe se asentaba para tomar el sol ó el aire, según las estaciones, habían sustituido á las antiguas tribunas. Allí, en aquellas tertulias al aire libre, se murmuraba del gobierno por modo violentísimo; al revés de los festines y de las tertulias clusas y privadísimas, donde se murmuraba del gobierno por modo fino. A las murmuraciones orales uníanse los libelos. «Digan cuanto mal quieran de nosotros, con tal que no nos hagan mal ninguno,» decían algunos emperadores al enterarse de semejantes libros. En cambio ahorcaban otros á los libelistas en sus mismas prisiones. Cuando esto último sucedía con fre-

cuencia, como bajo Nerón, encerrábanse los poetas en alusiones, y Curiancio escribía una tragedia terrible que se titulaba *Catón*. «Se bebe, decía Séneca el trágico, aludiendo á Nerón, vino puro y confortador en el barro de las cabañas; el veneno se guarda en las copas de oro que apuran los omnipotentes.» «No temerá la servidumbre quien no tema jamás la muerte,» añadía otro poeta de oposición. «No puede ofrecer á Júpiter un puñal afilado víctima tan agradable como un monarca injusto,» exclamaba en públicas lecturas un aplaudido lector. «Brilla, decía de Nerón Lucano, cual el rayo que fulgura en la sombra y esparce ruinas á su paso. Cree que le aman porque lo adulan.» Decía en otra parte: «Lo aplauden las muchedumbres en el teatro, y se juzga por ello un dios, siendo únicamente sombra de sombras, residuo imperceptible de gloriosísimos nombres. Los más infelices entre los esclavos ¡ay! son aquellos que se avergüenzan de sus cadenas y sólo por el suicidio pueden soltarlas. ¿Por qué no seremos como los persas y los asirios, los que nunca conocieran la libertad? Se alaba más fácilmente que se funda la democracia. Los tribunos ambiciosos engendran la dictadura tiránica.» Y así continuaban poetas é historiadores blasfemando del César y dirigiéndole al pueblo dardos para que no llegue á tolerarlo y sacuda su ignominiosa tiranía. Y en aquella Roma de ociosos, á quienes alimentaban las *annonas* públicas ó las *espartalas* patricias, los vagos de profesión, poetas sin otra medida en su existencia que los metros de las versificaciones, maestros sin discípulos, negociantes sin dinero, esclavos fugitivos que allí se acogían para ocultar mejor su fuga, marineros náufragos que allí encontraban puerto, sacerdotes mendicantes de Cibeles, industriales de funerarias, abogados con la mentira pegada en sus labios, clientes sin zapatos ó sandalias, parásitos voraces, comediantes griegos, canallas egipcios, barberos locupletísimos, delatores muy pagados, los patricios bebedores del vino de Helvidio coronados con guirnalda de rosas; elegantes hastiadas, aquellas Lesbias que lloraban por un jilguero enfermo en la jaula y no por un hombre inmolado en el circo; aquellas cortesanas que no se recataban de chismear apoyadas en las tumbas de los héroes que cubrían las vías Latina y Apia; los viciosos pagados de que no podrían inventar los venideros ninguna laca nueva; tantos y tantos de aquellos á quienes aqueja una especie de irre-

mediable ictericia moral y piensan extender su perversa condición á todos y enfermarlos de su misma enfermedad, reunidos á los buenos ciudadanos, á los honestos patricios, á las matronas de un solo marido, á los virtuosos que abundaban entre tantas lacerias, á los republicanos de abolengo, á los partidarios que aún tenían las figuras históricas de Bruto y de Catón, componían una grande oposición alimentada por los vicios neronianos, por las muertes dadas en el Palatino á tantos personajes ilustres, por el reinado de tal envenenadora como Locusta, por los dineros que allegaban chalanes como Tigelino, por las borracheras imperiales vomitadas sobre los blasones de Roma, por las tabernas y las zahurdas convertidas en senados y los senadores en titiriteros, por vicios como los de Popea, por desgracias de la virtud y de la honra en Octavia, por tragedia como las tragedias de Bayas, por verdugos como el bárbaro Aniceto, por naufragios como los famosos de la noche triste, por agonías como la que sufrió Agripina, por crímenes como el parricidio, por terribles desacatos á la humanidad y á los dioses.



CAPITULO XVI

EL ARTISTA

— No sé cómo puedes con tu alma, Nerón, tras una tarde así — decía Tigelino al César, — después de una reunión artística en que los músicos tañeran sus instrumentos á porfía, los poetas recitaran uno tras otro en serie sus poemas y poemitas, los retóricos pronunciaran discursos muy bien aprendidos de memoria y muy bien hablados de prisa, los cómicos improvisaran escenas de conocidas tragedias en griego y en latín, hasta los atletas fingieran pantomimas en que así el emperador como sus cortesanos se divirtieron, y se gozaron mucho al término de aquellos esparcimientos del ánimo y recreos de la inteligencia muy propios á conservar la cultura clásica y aun á extenderla.

— No hay otro remedio, Tigelino; créete que no le hay para divertir el pensamiento de tristes objetos, alentar el corazón á lo grande y bello, dominar el mundo por las ideas, ya que, tras el reinado de Augusto, ido al trono en contraposición de César que representaba la guerra, para representar y sostener la paz en el mundo y en el espíritu, dominamos éstos, más que por la superioridad de nuestras fuerzas, por la superioridad de nuestra inteligencia. Déjame olvidarme así de los actos á que la Razón de Estado me obliga, de Claudio inmolado á mi poder, de Británico inmolado á mis celos, de Agripina inmolada por mi mano á mi libertad.